Obra inédita Primera etapa

Desde sus inicios como poeta hasta sus primeras publicaciones

(1945 a 1950)

Son sus primeros poemas. Aún no ha adquirido el dominio natural de la rima que demostró más adelante. Sin embargo, leyéndolos con atención, se descubren en ellos pequeños tesoros poéticos que anuncian lo que sería su madurez creadora.

Para respetar la unidad de la fuente utilizada, se incluyen tanto poemas inéditos como publicados. También se respeta el orden, que no siempre coincide con el cronológico.

La abundancia y extensión de los textos presentados obliga a no incluir las imágenes de los originales, salvo que tengan algún interés especial.

Edición
2015

CONTENIDO

Festejos lucentinos 4
¡Déjeme usted aquí en el cerro! 10
Milagro y promesa 14
Estampas de la Sierra 16
Estampas de la Sierra (Segunda parte) 21
¡Madre mía! 29
Romance de la duquesita y el domador 34
Se casó la duquesita 39
El enamorado de la noche 42
¡Cómo me gusta mirarlo! 45
¡¡ Que está durmiendo, mi Conchi...!! 47
Echa vino, tabernero 49
Belleza de alma 51
Jesús ante la cárcel 55
A sus órdenes, Sargento 57
No puedo verla llorar 61
Parodia del "Dos de Mayo" 65
Dos andaluces en tierra catalana 75
ATARDECER 77
Lucena 15 de septiembre 1950. 78

FESTEJOS LUCENTINOS

Primer domingo de mayo.
La fecha tan deseada,
de los hijos de Lucena
por tenerla dedicada
para su Virgen morena.
Apenas anuncia el alba
la llegada de este día.
se oye un toque de diana
que viene con su alegría
adornando la mañana.
Y ya se acaba el dormir.
saltan del lecho con gozo
lo mismo la esposa altiva
que el marido perezoso.
La mocita que cautiva
por ser guapa y retrechera,
que los niños dormilones
que se hacían los remolones
si tenían que ir a la escuela.
Y comienza el rebullir.
Va llegando el forastero
que se viene a divertir,
a gastarse su dinero
y quizás a presumir.
Se oyen voces callejeras
de ambulantes picarones
que alaban sus mercancías.

El tío de los camarones.
El que vende las torcías.
El que lleva caramelos
en su carro de cristales,
una nube de chavales
haciendo de betuneros
y un ciego que vende iguales.
Al que vende la "papi"
El que lleva los cangrejos.
El que vende el pirulí
El que pregona a lo lejos
florecitas de maíz.
Cien puestos de chucherías
donde gastarse el dinero.
Tabernas buñolerías,
cines, fútbol, heladeros
toros y confiterías.
Cada cual según su gusto,
cada cual con su afición,
pasa el día alegremente,
y espera pacientemente
que salga la procesión.
Y ya que llega la noche
tan silenciosa y callada
bajo un gran manto de estrellas
y de luna plateada,
una de esas noches bellas
que perfuma el azahar
de los naranjos en flor
y nos invita al amor
o nos invita a rezar
bendiciendo al Creador,
el disparo de cohetes

y el tañir de la campana,
anuncian su algarabía
que sale la Soberana
para festejar su día.
El gentío se aglomera
con emoción desmedida
en la puerta parroquial
a presenciar la salida
de la Imagen Celestial.
Y cuando se abre el cancel
y ya se ve la Señora
bajo un palio carmesí
el pueblo con frenesí
lanza una ovación sonora,
que los ecos multiplican,
para aumentar la grandeza
de aquel solemne momento
que ni el mismo pensamiento
pintaría con certeza.
Es el viva que a su Madre
lanzan con delirio ardiente
las almas con gran fervor.
Es la plegaria de amor
de un pueblo noble y creyente.
Es el saludo amoroso
que con ferviente alegría
hace todo pecho honrado
ante el pórtico sagrado
cuando aparece María.
Ya la elevan sobre el hombro
de los robustos santeros,
que en su loco desvarío

hacen, cual leones fieros,
galas de su poderío.

Ya camina lentamente
con aquel manto encarnado
y aquella alfombra de flores,
con el ritmo acompasado
de aquellos roncos tambores.
Y en su lento caminar,
en su corto recorrido,
va prodigando el consuelo
que aquel pueblo tan querido
le pide con tanto anhelo.
¡Este dolor, Virgen Santa!
¡Esta pena, Virgen buena!
Y aquella Virgen morena,
por ser su ternura tanta,
a todos quita su pena.
¡Qué guapa vas, Madre mía!
Un muchacho le decía
mirándola con fervor
y la Virgen con amor
al muchacho sonreía.
El enfermo de su lecho
se levanta tembloroso.
Quiere ver tras el cristal
de su Madre angelical
aquel rostro tan hermoso.
Y aunque las fuerzas le faltan
viendo con admiración
tan enorme maravilla,
poco a poco se arrodilla
y pronuncia una oración.

Este enfermo curará.
Él lo leyó en la mirada
de aquellos ojos tan fijos.
Una madre tan amada
nunca abandona a sus hijos.
Ya se acerca nuevamente
paso a paso a su morada.
Ya se aglomera la gente
como un racimo imponente
para presenciar la entrada.
El aspecto de la plaza
por donde tiene María
que hacer su entrada triunfal
es algo de fantasía
convertida en realidad.
Una bóveda completa
de luces multicolores,
gallardetes, banderines,
naranjos llenos de flores,
claveles, nardos, jazmines,
balcones con colgaduras
llenos de mujeres bellas,
y torres iluminadas
con resplandores de estrellas,
como en los cuentos de hadas.
Vibran sones de cornetas
con un toque de atención.
La gente se arremolina,
y hace su reaparición
nuestra Madre por la esquina.
¡Qué hermosa viene adornada
con las flores naturales
el brillo de tanto oro

y el tintineo sonoro
del choque de los cristales!
Cuando pisa el corredor
que le forman las bengalas,
con sus luces de colores
los cohetes voladores
como serpientes con alas
se disparan por millares.
Tocan el Himno Nacional.
y con alegría sana
también cantan las campanas
con sus pechos de metal.
El pueblo la vitorea
y ronco debe de estar
ya de tanto como grita,
y en medio...la majestad
de aquella Virgen bonita.
Ya se vuelve suavemente
mirando al pueblo de frente
con sus ojos de candor.
Ya penetra lentamente
en el templo del Señor.

Mayo 1945

Esta poesía de Antonio es la primera que conoció su pueblo. Parece ser que se leyó en el Teatro Principal, y que el público aplaudió y vitoreó a su autor, reclamado su presencia en el escenario, cosa que no logró, porque nuestro poeta se había escondido en el foso. Esta anécdota retrata a Antonio Roldán.

¡DÉJEME USTED AQUÍ EN EL CERRO!

No me jaga usted, mi amo,
más veces que baje al pueblo.
Déjeme usted aquí en el campo.
No me mueva usted del cerro
que a la vera del ganao
Quiero seguir siendo güeno.
Aquí, que respiro el aire
perfumao por el romero,
por jarales y tomillos
que esparcíos por el suelo
nos ofrecen sus olores
sin cobramos ningún sueldo.
El aire que no es viciao
como el aire de allá dentro
que se cuela en los pulmones
y con su lengua de fuego
va matando poco a poco
igual que mata un veneno.
Aquí. que alumbra la luna
por las noches desde el cielo
con los reflejos de plata
que despiden sus cabellos...
y que si la luna falta
siempre quedará remedio
de seguirnos alumbrando
con la luz de algún lucero.
Aquí que tiendo la vista
y diviso allá a lo lejos

aquella Ermita mú blanca
que tiene a la Virgen dentro...
que esa sí que es de verdad
lo mejor que tiene el pueblo.
Aquí, que duermo arrullao
por los quejíos del viento
con la conciencia tranquila
del que nada malo ha jecho.
Aquí con mi perro fiel.
¡Cuánto me quiere mi perro!
que se acuesta junto a mí
de noche a velar mi sueño.
Si es preciso, a defenderme
con sus colmillos de acero.
En el Pueblo tó es mentira.
Toíto es mentira y enreo.
Mentira son las mujeres
que hasta cuando dan un beso
van buscando la cartera
pa cobrárselo en dinero.
Son mentira sus amores
y es mentira hasta su rezo
cuando las vemos en misa
cubiertas con el pañuelo.
¿Qué le rezan a la Virgen?
¡Eso quisiera yo verlo!
Que allí van a criticar
a toíto el mundo entero.
- Mira que Fulana es fea
y lleva mal puesto el velo-
- Y aquella lleva un vestío
arreglao con otro viejo-
-Pues Zutana tiene un novio

que no puede ser mas feo-
- Y aquella vieja se pinta
¡Todo un puro chismorreo!
Y si alguna se da cuenta
que la mira algún mozuelo,
saca corriendo del bolso
un muy pequeñito espejo
y mira si está mú guapa
como sería su deseo.
De los hombres... no hay que hablar
Tós son falsos y embusteros.
Sólo piensan en lucrarse.
Solamente en el dinero.
Sin que muerda su conciencia
todo el mal que están haciendo.
Las madres... ¡también mentira!
Yo ni en las madres ya creo.
que abandonan a sus hijos
cuando se van de recreo
en manos de gente extraña
que no sentirán desvelo
si de noche llora un niño
porque tenga un mal ensueño.
Y no es eso lo peor.
Todo lo malo no es eso.
Que algunas niegan al hijo
la leche que da su seno
para poder presumir
de la esbeltez de su pecho.
¡Y eso no lo manda Dios!
¡Eso Dios no puede verlo!
Por eso me queo aquí
que aquí en el campo tó es cierto.

En el Pueblo tó es mentira
como lo sabe usted mesmo.
Así que déjeme usted
aquí solito en el cerro
y no jaga usted, mi amo,
más veces que baje al Pueblo

Noviembre de 1946

La familia de Antonio Roldán siempre ha tenido esta poesía como una declaración de principios del poeta. Con claros parecidos con la poesía de Gabriel y Galán y con "Los motivos del lobo" de Rubén Darío, expresa perfectamente la pasión de Antonio por el campo, que le duró toda la vida, hasta que su salud le impidió volver a gozarlo.

MILAGRO Y PROMESA

La vi caminando sola
por aquella carretera.
y ocultándome a su vista
la fui siguiendo de cerca,
lo mismo, que marcha el lobo
que va celando su presa.
La vi subir fatigada
aquella empinada cuesta.
Llegar al pie de la ermita.
Vi que atravesó la puerta
y cayendo de rodillas
ante la Virgen aquella,
vi salir las oraciones
de aquellos labios de cera
porque su cara tenía
la palidez de una muerta.
Y vi de sus lindos ojos
correr dos líquidas perlas
que tímidas resbalaron
para esconder su belleza.
Viéndola allí arrodillada
con la cara descompuesta,
yo no sé si fue milagro,
pero mirando la escena
de la mujer que lloraba
y de aquella Virgen bella,
se ablandó mi corazón,
él que siempre fue de piedra
y cayendo arrodillado
junto aquella mujer buena,
mis labios también rezaron,

y lo digo con franqueza,
también le ofrecí a la Virgen,
como la más pura ofrenda,
dos lágrimas que quemando
guardó en su entraña la tierra.
Levantándola en mis brazos
dije alzando su cabeza
mientras miraba los ojos
de aquella cara morena:
Ya puedes secar tu llanto.
Ya se terminó tu pena.
Porque la Virgen de Aras
que solo tu bien desea,
ha convertido en honrado
al hombre que infame era...
Yo te juro ante esa Virgen
que al llegar la primavera
para los días de Festejos
tú serás mi compañera...
y los dos juntos, muy juntos,
para que el pueblo nos vea,
la Procesión alumbrando
seguiremos su carrera,
y de esta forma a la Virgen
pagaremos la promesa.

Enero de 1948.

ESTAMPAS DE LA SIERRA

La hermosa Sierra de Aras
es el lugar de la escena.
Los personajes...un viejo
al que acompaña un chavea
que hacen guardia permanente
mientras pacen las ovejas.
El muchacho, es huerfanito.
Sólo una hermana le queda.
que en el Hospital de agudos
sufre de un mal que le aqueja.
En este primer momento,
sólo el viejo es el que vela
y que mira inquietamente
por la altura de la Sierra
a ver si viene el muchacho
que hace rato que le espera.
¡Ya viene corriendo el niño
saltando de piedra en piedra!
Viéndolo el viejo venir
hasta su mirar se alegra.
Él también quiere al muchacho.
Preciso sería ser fiera
para no querer a un niño
que está tan sólo en la tierra.
El muchacho, fatigado,
sin poder hablar siquiera
de tanto como ha corrido,
junto al abuelo se sienta.
Después de seco el sudor
al viejo de esta manera
le dice, mientras su frente

de los cabellos despeja:
- Agüelo: No me regañe.
Que si usté, agüelo, supiera
por qué me he tardao tanto...
quizá que no me riñera.
Me separé del ganao
y me fui sin que me viera,
porque vi subir al cura
con mucha gente a su vera
que iban rezando el Rosario...
o la Salve...o lo que fuera.
Me fui corriendo a lo alto.
Llegué con la lengua seca,
y eché a vuelo las campanas
pa que la gente supiera
que iban a decir la misa
y que no se entretuvieran.
Después me colé en la Ermita
y agarrándome a la verja
que hay delante del altar.
me quedé hecho una pieza
mirando lo rebonita
que es la Marecita nuestra.
¿Verdá, agüelo, que es mú guapa?
Cuando la miro mu cerca
parece que quiere hablarme
y decirme... lo que fuera.
Mas no dice una palabra
¡Que me hablara, yo quisiera!
Otras veces cuando escapo
y subo solo por verla,
parece que se sonríe.
Es porque sabe bien Ella

que al dejar solo el ganao
¡buena paliza me espera!
Pero de noche, agüelito,
cuando está la luna llena
y yo me queo dormío
al laíto de mi oveja,
nuestra Madre de Araceli,
que pasa la noche en vela,
va bajando, poco a poco,
sin pisar casi la tierra
y andando mu despacito,
llega junto a mi, se acerca,
y me dice: ¡Pobrecito!
y aquí, en la frente, me besa,
y no sabe bien, agüelo,
lo que me da de tristeza
cuando sin saber por qué
aquel beso me despierta
y por más que miro y miro
en jamás pude yo verla.
Solamente algunas veces
veo una rama que cimbrea
y me digo pa mí solo:
Por aquí se marchó ella.
To se quea mu callao.
Hasta las mismas ovejas
parece que buscan algo
por la forma que olfatean.
Y siento correr las fuentes
que salen de nuestra sierra
y sus aguas no murmuran
como no sé quién dijera.
¡Yo siento que van llorando!

y lloran por lo que dejan,
pues conforme van andando
más de la Virgen se alejan.
¿Usté a veces, no se fija,
cómo el agua que el río lleva
va formando remolinos?
Es porque van de pelea
y quieren apoderarse
de la lágrima que rueda
desprendida de los ojos
de la Virgencita buena.
¿Que si nuestra Virgen llora?
Quizá que llore de pena
de ver lo malos que semos...
y eso no le gusta a ella.
Esa lágrima que corre
y que el río arrastra con fuerza,
tal vez llegando a la mar
la recoja alguna almeja
y la guarde pa sí sola
por ser la más linda perla.
y hablando de to un poquito...
¿Usté no sabe siquiera
que coronan a la Virgen
al llegar la primavera?
Porque, yo, aunque me regañe,
tengo que bajar a verla.
¡Tiene que estar más bonita
con esa corona nueva!
El muchacho charla y charla.
El viejo charlar lo deja.
Unas veces se sonríe
de ver la inocencia aquella,

y otras con gran disimulo
vuelve a un lado la cabeza
y una lágrima furtiva
con el pañuelo se seca.

Febrero de 1948

Este poema contribuyó mucho al descubrimiento de Antonio Roldán como poeta. Junto con los "Festejos Lucentinos", constituyó el inicio de su popularidad.

Estampas de la Sierra
(Segunda parte)

En la altura de un peñasco
sentado está el pobre abuelo
con la sola compañía
de su propio pensamiento.
Por su alrededor dormitan
las ovejas y corderos.
Todo en la sierra es quietud.
Todo es quietud, es silencio,
solamente interrumpido
cuando del pecho del viejo
se escapa un leve suspiro
que solo recoge el viento.
Ya no suena la campana
en la altura de aquel Templo.
¿Por qué se perdió el tañido?
¿Cómo no suena su eco?
¿Dónde estará el pastorcillo
que llegando sin aliento
echaba con entusiasmo
aquella campana a vuelo?
Por eso el viejo suspira.
Porque se fue el campanero,
aquel niño huerfanillo
que tenía por compañero
y alegraba con su charla
sus horas de aburrimiento.
¿Cómo negarle el permiso
que pidió con tanto empeño?
¿Cómo poder conseguir

que se quedara el pequeño
mientras su Virgen bonita
se la llevaran al Pueblo?
Poco tardará en venir
porque le dijo muy serio
que acabando los festejos
él se volvería corriendo.
Pensando en el chavalillo
el viejo queda durmiendo.
En aquel preciso instante.
En aquel mismo momento
se presentó el pastorcillo
que acercándose muy quedo
viendo al abuelo dormido
no quiere turbar su sueño.
Mas el ansia de contarle
todo lo que vio en el pueblo
y hablarle de aquella Virgen
que era su mayor desvelo
hace que, muy tiernamente,
le echase el brazo en el cuello
y despertase al anciano
al par que le daba un beso
¿ Ve como me vine pronto...
cuando se acabó to aquello?
No puede usté figurarse
lo que vengo de contento.
Me fui, como sabe usté,
apenas salió el lucero,
y como to es cuesta abajo
llegué a Lucena en un vuelo.
To el mundo estaba acostao.
Y cuando fue amaneciendo

fueron llegando los coches
atestaos de forasteros,
que al poco rato Lucena
era un puro jormiguero.
Nunca he podío yo ver,
con los años que yo tengo,
tanta gente apretujá
como se juntó en el Pueblo.
Desde la misma Parroquia
hasta el mismo Ayuntamiento,
más de la gente que había
no podía meterse un pelo.
En lo alto de un naranjo,
me subí mas que ligero,
desde donde yo podía
tó lo que pasara verlo.
Cuando sería medio día,
se abrió la puerta del Templo
y al aparecer María
con su cara sonriendo.
se me echó un núo en la garganta
que por poco caigo al suelo.
No puede usté comprender,
ni yo a contárselo acierto.
la emoción que tos sentimos
en aquel mismo momento
que la vimos sin corona
¡Qué bonita iba, agüelo!
Llevaba un manto mu blanco
toíto de bordaos lleno
y un gran trono de claveles
que paecían de terciopelo.
Como iban pa adornarla,

de orgullo se iban meciendo.
Mirándola sin corona
y el manto en forma de velo,
parecía como una novia...
¡La novia de toíto el Pueblo!
Tan emocionao me puse,
que usté no querrá creerlo.
pero quise decir viva
y salió un quejío ten seco
como si de la garganta
se me hubiera roto un hueso.
y no me pasó a mi solo.
Yo vi que más de un pañuelo
desde el bolsillo a los ojos
no podía estarse quieto.
Todas las nubes que había
esparcías por el cielo,
se juntaron pa mirarla.
se formó un hublao mu negro
y era como un palio grande
que dejó al Pueblo cubierto.
Las nubes también lloraron
y lloraron de contento
de ver que podían gozar
de aquel acontecimiento.
Al ponerle la corona
sentí que en el firmamento
el gran sol que nos alumbra
de pena estaba gimiendo
porque no podía mirarla,
ya que el nubarrón espeso
se la ocultaba a su vista...
y lloró de sentimiento.

Después que la coronaron,
como seguía lloviendo,
me fui con ella a la Iglesia
y estándome allí mu quieto
de to lo que me enseñaron
le fui rezando en silencio.
Por la noche la sacaron
a pasearla de nuevo
¿Y usté sabe cual hubiera
sido mi mayor deseo?
Pues tener los veinte años
y no ser tan pequeñuelo
pa llevarla sobre el hombro
como su mejor santero.
La fui siguiendo a tos laos
igual que un perro faldero
pero al llegar a la Plaza
que paecía un ascua de fuego
de tanta lú como había...
¡Aquí es donde está lo bueno!
Empezaron los cohetes
a pegar truenos y truenos
y yo que estaba asustao
intenté salir corriendo,
pero mirando a mi Virgen
vi que se estaba riendo
y al parecer me decía:
Vente aquí, no tengas miedo.
y así, muy cerca de ella
la fui siguiendo, siguiendo.
La metieron en la Iglesia.
También me colé yo dentro,
y como estaba tan guapa

de mirarla tan atento
me fui queando dormío.
Estaba falto de sueño
y por más que yo quería
permanecer mu derecho
mis pestañas se cerraron
y allí me quedé durmiendo.
Cuando yo me desperté
ya estaba el sol en el cielo.
Me despedí de la Virgen,
subí la cuesta ligero,
y ya me tiene usté aquí
pa que tenga compañero.
Los dos Pastores se abrazan.
De los labios del más viejo
va subiendo una plegaria
dirigida al Dios Eterno
pidiendo que el pobre niño,
aquel capullito tierno,
no perdiendo su inocencia
siga siempre siendo bueno.

Mayo de 1948.

Recientemente, entre el material aportado por Trinidad Soria, han aparecido unas páginas sueltas procedentes de la publicación de este romance, pero ignoramos de qué revista o programa de fiestas proceden

Nuestros Poetas

Estampas de la Sierra de Aras

LO QUE VIÓ EL PASTORCILLO

En la altura de un peñasco
sentado está el pobre abuelo
con la sola compañía
de su propio pensamiento.
Por su alrededor dormitan
las ovejas y corderos.
Todo en la sierra es quietud.
Todo es quietud, es silencio,
solamente interrumpido
cuando del pecho del viejo
se escapa un leve suspiro
que solo recoge el viento.
Ya no suena la campana
en la altura de aquel Templo.
¿Por qué se perdió el tañido?
¿Cómo no suena su eco?
¿Dónde estará el pastorcillo
que llegando sin aliento
echaba con entusiasmo
aquella campana a vuelo?
Por eso el viejo suspira.
Porque se fué el campanero,
aquel niño huerfanillo
que tenía por compañero
y alegraba con su charla
sus horas de aburrimiento.
¿Cómo negarle el permiso
que pidió con tanto empeño?
¿Cómo poder conseguir
que se quedara el pequeño
mientras su Virgen bonita
se la llevaran al Pueblo?
Poco tardará en venir
porque le dijo muy serio
que acabando los Festejos
él se volvería corriendo.
Pensando en el chavalillo
el viejo queda durmiendo.
En aquel preciso instante.
En aquel mismo momento
se presentó el pastorcillo
que acercándose muy quedo
viendo al abuelo dormido
no quiere turbar su sueño.
Mas el ansia de contarle
todo lo que vió en el pueblo
y hablarle de aquella Virgen
que era su mayor desvelo
hace que, muy tiernamente,
le echase el brazo en el cuello
y despertase al anciano
al par que le daba un beso.
—¿Vé cómo me vine pronto...
cuando se acabó tó aquello?
No puede usté figurarse
lo que vengo de contento.
Me fuí, como sabe usté,
apenas salió el lucero,
y como tó es cuesta abajo
llegué a Lucena en un vuelo.
Tó el mundo estaba acostao.
Y cuando fué amaneciendo
fueron llegando los coches
atestaos de forasteros,
que al poco rato Lucena
era un puro jormiguero.
Nunca he podío yo ver,
con los años que yo tengo,
tanta gente apretujá
como se juntó en el pueblo.
Desde la misma Parroquia
hasta el mismo Ayuntamiento,
más de la gente que había
no podía meterse un pelo.
En lo alto de un naranjo,
me subí más que ligero,
desde donde yo podía
tó lo que pasara verlo.
Cuando sería medio día,
se abrió la puerta del Templo
y al aparecer María
con su cara sonriendo,
se me echó un núo en la garganta
que por poco caigo al suelo.
No puede usté comprender,
ni yo a contárselo acierto,
la emoción que tós sentimos
en aquel mismo momento
que la vimos sin corona.
¡Qué bonita iba, agüelo!
Llevaba un manto mú blanco
toíto de bordaos lleno
y un gran trono de claveles
que paecían de terciopelo.
Como iban pá adornarla,
de orgullo se iban meciendo.
Mirándola sin corona
y el manto en forma de velo,
parecía como una novia...
¡La novia de toíto el Pueblo!
Tan emocionao me puse,
que usté no querrá creerlo,
pero quise decir viva
y salió un quejío tan seco
como si de la garganta
se me hubiera roto un hueso.
Y no me pasó a mí solo.
Yo ví que más de un pañuelo
desde el bolsillo a los ojos
no podía estarse quieto.
Todas las nubes que había
esparcías por el cielo,
se juntaron pá mirarla,
se formó un nublao mú negro
y era como un palio grande
que dejó al Pueblo cubierto.
Las nubes también lloraron
y lloraron de contento
de ver que podían gozar
de aquel acontecimiento.
Al ponerle la corona
sentí que en el firmamento
el gran sol que nos alumbra
de pena estaba gimiendo
porque no podía mirarla,
ya que el nubarrón espeso
se la ocultaba a su vista...
y lloró de sentimiento.
Después que la coronaron,
como seguía lloviendo,
me fuí con Ella a la Iglesia
y estándome allí mú quieto
de tó lo que me enseñaron
le fuí rezando en silencio.
Por la noche la sacaron
a pasearla de nuevo
¿Y usté sabe cual hubiera
sido mi mayor deseo?
Pues tener los veinte años
y no ser tan pequeñuelo
pá llevarla sobre el hombro
como su mejor santero.
La fuí siguiendo a tós laos
igual que un perro faldero
pero al llegar a la Plaza
que paecía un ascua de fuego
de tanta lú como había...
¡aquí es donde está lo güeno!
Empezaron los cohetes
a pegar truenos y truenos
y yo que estaba asustao
intenté salir corriendo,
pero mirando a mi Virgen
ví que se estaba riendo
y al parecer me decía:
—Vente aquí, no tengas mied

Y así muy cerca de Ella
la fuí siguiendo, siguiendo.
La metieron en la Iglesia,
también me colé yo dentro,
y como estaba tan guapa
de mirarla tan atento
me fuí queando dormío.
Estaba falto de sueño,
y por más que yo quería
permanecer mú derecho
mis pestañas se cerraron
y allí me quedé durmiendo.
Cuando yo me desperté
ya estaba el sol en el cielo.
Me despedí de la Virgen,
subí la cuesta ligero
y ya me tiene usté aquí
pá que tenga compañero.
Los dos pastores se abrazan.
De los labios del más viejo
va subiendo una plegaria
dirigida al Dios Eterno
pidiendo que el pobre niño,
aquel capullito tierno,
no perdiendo su inocencia
siga siempre siendo bueno.

Lucena, Mayo de 1948.

Antonio Roldán.

¡MADRE MÍA!

¡0h musas! No abandonarme.
que será vana porfía
si no venís a ayudarme,
solo poder inspirarme
para cantar a María.

María, Ara del Cielo.
Nuestra luz, nuestra patrona.
La divina mediadora
que nunca niega el consuelo
a todo aquel que le implora.

La patrona lucentina.
que el pueblo orgulloso aclama
y ante sus plantas se inclina.
La Majestad soberana
de belleza peregrina.

La que con mayor ternura
reparte sus bendiciones.
La bendita Virgen pura
que derrama su dulzura
sobre nuestros corazones.

Pura sí, toda pureza.
Como al aire de la altura.
Como aurora que embelesa.
Como la nieve, que espesa,
nos deslumbra de blancura.

Como gota de rocío

que el sol, con su poderío,
va evaporando con pena.
Como la blanca azucena
cuyas plantas besa el río.

Es la cara tan hermosa
de Nuestra Virgen Bendita,
que hasta la mas linda rosa
escondiérase envidiosa
de ver cara tan bonita.

Ella levanta al caído.
Es amparo del que llora.
Y tanta bondad atesora
que aquél que se ve afligido
no lo olvida la Señora.

Por tus hijos de Lucena
ella le pide al Señor.
No puede ver un dolor,
siendo una Madre tan buena,
que no cure con su amor.

Desde la altura en que habita
porque Ella tiene su ermita
en la cumbre de la Sierra,
por sus hijos en la tierra
vela nuestra Madrecita.

Millares de lucentinos
van subiendo al santuario,
y cual buenos peregrinos
llenando van los caminos

formando enorme Rosario.

Van en busca de su Reina,
la que tantos bienes dona,
a ofrecerle una corona
que será la mejor peina
que engalane a su Patrona.

Es estrecha su morada
para tantos que han subido,
y sonríe la Madre amada
cuando se ve rodeada
de su Pueblo tan querido.

Regresando nuevamente
van bajando la pendiente
dando vivas a porfía,
a la Estrella que los guía
que es la estrella mas luciente.

Y cantan los pajarillos
sus melodías mejores,
y a la brisa sus olores
le van dando los tomillos
y las delicadas flores.

Y la juguetona brisa
gira por su alrededor,
y como no tiene prisa
va perfumando la risa.
de aquella divina flor.

Los olivos azulados
que bordean la carretera,

esforzando su madera
permanecen inclinados
ante la Madre hechicera.

Algunos se inclinan tanto
por admirar su belleza,
que hay ramilla que le besa
aquel tan bonito manto
de la Celestial Princesa.

El agua de aquella fuente
que del camino en la orilla
corriendo va mansamente,
cuando ve tal maravilla
se detiene en su corriente.

Tal vez parando diría
con su acento cristalino:
No empujes, hermana mía,
que atravesando el camino
viene la Virgen María.

Toda la naturaleza
le va rindiendo homenaje.
La ramilla que la besa,
las flores de más belleza
y hasta el espino salvaje.

En la entrada de Lucena
espera a su Madre buena
todo el que no pudo ir
y alguno suele decir:
¡Pues no viene más morena!

Ya la tenéis lucentinos
de vosotros muy cerquita.
Con el alma muy contrita
confiad vuestros destinos
a vuestra Virgen bendita.

Virgen de Araceli Santa:
Si en tu pueblo tan querido
derramas ventura tanta,
al poeta que te canta
no lo tengas en olvido.

El alma de un pecador
en tus brazos se confía
y en este grandioso día
te dice con mucho amor:
¡Dios te salve, Madre mía!

Abril 1948.

ROMANCE DE LA DUQUESITA Y EL DOMADOR

Llanuras de Andalucía.
Olores de hierba fresca.
Un sol que se va poniendo
y una noche que se acerca.
La duquesa de Azahares,
que en su castillo se encuentra,
hace rato que no vive,
hace rato que no alienta
porque su niña adorada,
su más apreciada prenda.
por la tarde en el caballo
salió, pero no regresa.
Varios hombres a buscarla
salieron por la dehesa.
Pero el más joven de todos
montando con más destreza,
pronto se pierde de Vista
por la enredada maleza.
Él bien sabe aquel camino
que más le gustaba a ella.
Antes que la luz del día
totalmente se perdiera,
se la encuentra desmayada
al pie de una encina vieja.
por causa de que el caballo,
en un extraño que hiciera.,
la despidió de la silla
dando con su cuerpo en tierra.
Monta de nuevo a caballo.
La pone en la delantera
y al calor que da su cuerpo

ya la niña se despierta.
Mirándole dulcemente
y apoyando la cabeza,
en el brazo de aquel hombre,
que al acero se asemeja.
otra vez vuelve a dormirse,
otra vez sus ojos cierra
porque se siente segura
del que en sus brazos la lleva.
Él la mira sonriendo
y arregla su cabellera.
Parece que va a besarla
pero no, que no la besa.
Sólo con su pensamiento
de esta manera se expresa:
Duquesita de Azahares.
Andaluza postinera.
la de más alto linaje
y de más rancia nobleza.
La muñequita mimada.
la de mirada altanera.
La que en tiempos no lejanos
fue siempre mi compañera.
¿ No recuerdas, duquesita?
¿Quizás recordar no quieras
cuando montando la jaca,
aquella jaquilla negra,
y yo montando el caballo
cuyo nombre era Centella,
recorríamos a diario
los llanos de la dehesa?
Yo te domé aquella jaca
para que tú la lucieras.

Y aquellos primeros días
que a causa de tu torpeza
por mantenerte a la silla,
de aquella jaquilla inquieta,
iba alegrando el camino
tu risa cascabelera?
Fueron pasando los años.
El tiempo no corre, vuela,
y del tímido capullo
salio la rosa más bella.
Sintiéndote tú mujer,
yo perdí la compañera
Otros hombres te acompañan
que son de tu misma esfera.
Para el pobre domador...
solamente eres la dueña.
Bien me acuerdo de aquel día
que ordenaste con firmeza
te ayudase yo a montar
en la yegua la Lucera.
y porque tembló mi brazo,
quizás por verte tan cerca,
me diste un latigazo,
y lo diste con tal fuerza,
qué varias gotas de sangre,
sangre joven de mis venas,
cayeron por mi camisa,
aquella camisa nueva.
La sangre dejó marcada,
tal vez por arte hechicera.
la figura de un clavel
como aquel que en tu pechera
lucieras aquella tarde

tan linda de primavera.
¡No lo esperaba de ti!
Fue para mí una sorpresa.
Cuando te marchaste tú
lloré, donde no me vieran.
Lloré, mas no fue el dolor
lo que a mí llorar me hiciera.
Lloré de rabia y de celos.
Lloré de ver mi impotencia.
Lloré... mirando en la altura
que te puso tu nobleza
y que yo, vil gusanillo,
escondido en mi pobreza,
no era fácil que alcanzara.
Por eso lloré, duquesa.
Pero tú duerme tranquila.
Tu sueño de rosa sea.
Si me cruzaste la cara
no lo tomé como afrenta.
Más bien bendije la mano
que así de aquella manera
dejaba impreso mi rostro
como si un recuerdo fuera.
Ahora podría vengarme
si yo vengarme quisiera.
Teniéndote aquí en mis brazos
tan cerquita, tan de cerca.
sacar pudiera en tus labios,
labios de color de fresa,
toda la sangre que un día
cayó en mi camisa nueva.
Pero no, no tengas miedo.
Sigue tú durmiendo, sueña.

que no mancharán mis labios
esa flor de tu pureza.
Así dijo el bravo mozo
y tocando con la espuela
los ijares de la jaca,
emprendió veloz carrera
con tal de llegar ligero
y desprenderse de ella.
El embrujo de la noche
festoneada de estrellas.
Aquellos labios de grana.
los ojos de la doncella...
eran fuerza suficiente
para perder la cabeza.
Mas presto llegó al castillo
y atravesando la puerta,
dejó a la niña en los brazos
de su madre la duquesa.

Mayo de 1948

Se casó la duquesita

La duquesa de Azahares,
de azahares adornada,
ante el altar de una Virgen
permaneció arrodillada.
Blanco llevó su vestido.
blanca su mantilla blanca
y una corona en sus sienes
de blancura inmaculada.
Ya reluce en su manita
el signo de desposada.
Ya se ha unido la duquesa
con un noble de su raza.
Al jardín de su castillo
adornado de gran gala,
a pesar de su grandeza
espacio mucho le falta
para albergar el gentío,
que de diferentes castas,
acudieron a la fiesta
desde que apuntara el alba.
Todo refleja alegría.
Desde el aire que arrebata
el perfume de las flores,
hasta la fuente que canta
por adormecer la tarde
y hacer porque no se vaya.
Pero sí se va la tarde.
Ya la luna se levanta
y hará mas bella la fiesta

al revestirla de plata.
Y se va llevando el viento,
en fundida mezcolanza,
pespunteos de falsetas
que desgranan las guitarras,
cadencias de fandanguillos
soleares y tarantas,
murmullos de castañuelas
que en manos de las gitanas
bordan ritmos de locura
en los aires de las zambras,
remolinos de volantes
al bailar las sevillanas
y disparos de sonrisas
entre repiques de palmas.
Pero lejos de la fiesta,
allí donde todo es calma
y apenas si llega el eco
del vibrar de las guitarras,
entre peñas escondido
un hombre joven lloraba.
Viste de chaqueta corta
con alamares de plata.
Ciñe su fina cintura
con faja de seda grana,
y en el tacón de su bota,
como la más linda alhaja,
luce la espuela vaquera
con ramos de filigrana.
Tiene la cabeza hundida
entre la crin de su jaca
que impaciente manotea.
Por los flecos de su manta

se descuelgan los suspiros
que aprisionan su garganta,
y en el fondo de su pecho
una hoguera ardiendo en llamas
va extinguiendo poco a poco
un amor sin esperanza.
Pero dejarle que llore
sin decirle una palabra.
Cuando se llora de celos,
cuando se llora de rabia...
sólo el correr de los tiempos
puede hacer curar a un alma.
Arriba las golondrinas,
al callarse las campanas,
en el limpio azul del cielo
dibujaron con sus alas
dos corazones unidos
y otro al lado que sangraba,
con una llama encendida
y una espina atravesada.

Abril l.949

El enamorado de la noche

A mi buen amigo y gran abogado
Manolo González

¡Oh noche, yo te saludo!
Yo admiro tu capa negra
que cubre los horizontes,
que a todos los seres ciega
y protege los amores
del hombre que está a la espera
para embriagarse de besos,
ante la embrujada reja,
en los labios de granate
que le ofrece una doncella.
Tú ocultas en la negrura
de tus espesas tinieblas,
la impúdica desnudez
del que vive en la miseria.
Tú das descanso a los cuerpos
que fueron perdiendo fuerza
en titánicos trabajos
tras una jornada intensa.
Con tu silencio profundo
vas desgranando la idea
que las musas depositan
en la mente del poeta.
Amparadas con tu manto
de suavidades de seda,
conviertes en realidades
la fantástica quimera

de la joven que, dormida,
con algún príncipe sueña.
Yo no acuso, noche amada,
que tu oscuridad cubriera
la mano del asesino
que antes del crimen acecha.
Muchos a la luz del sol,
sin velo que los proteja,
van cometiendo traiciones
y se ensañan como fieras
En los seres indefensos
que nacieron sin estrella.
Tú amparas aL perseguido,
que van siguiendo de cerca,
permitiéndole un descanso
por unas horas siquiera.
¡Qué me importa que me ocultes
con tu cabellera espesa,
toda la grandiosidad
que da la naturaleza
si con los ojos del alma
la encuentro mucho más bella!
Yo te admiro, noche oscura,
cuando la luna indiscreta
permanece en los espacios
sin asomarse a la tierra,
porque el brillo plateado
que el sol, galante, le diera,
roba parte de tu encanto
al mandar su luz incierta.
¡ Así es como yo te quiero!
Toda oscura, toda negra,
sin un reflejo de luna,

sin el brillo de una estrella,
igual que la negra tumba
que dentro de sí encierra
los restos que van quedando
al pudrirse la materia.
Yo te entrego mis amores,
como a la novia primera,
y arrojándome en tus brazos
vivir contigo quisiera
hasta tanto Dios disponga
que caiga en la noche eterna.

Mayo 1948.

¡CÓMO ME GUSTA MIRARLO!

(A mi hijo Antonio, con el
mayor cariño)

Cómo me gusta mirarlo
cuando va tan formalito.
por la mañana temprano
a la escuela con su primo.
Con el baberillo blanco,
sobre la frente el flequillo,
la cabeza levantada,
los ojos con mucho brillo
y llevando su carpeta
como llevaría un ministro
la cartera de su cargo.
¡Cuando marcha tan erguido,
cómo me gusta mirarlo!
¡Qué cara pone de pillo
cuando sabe el muy tunante
que yo me paro y lo miro!
¡Qué pena me da tan grande
cuando en el invierno frío
está metido en su cuna,
tan a gusto y calentito
y su madre lo levanta
cuando está medio dormido!
¡Cómo rabia y patalea,
el muy pajolero niño,
cuando ve que se hace tarde!
¡Cómo corre en el camino!
Hasta la misma merienda
se la lleva en el bolsillo

con tal de no entretenerse.
El rato que está conmigo,
me pide que le pregunte
y me marea de lo lindo.
A veces, porque me deje,
preguntándole le digo:
Si tú tienes veinte y dos
y le añades diez de pico
lo multiplicas por siete
y diez y nueve le quito
¿Cuántas deben de quedar?
¡Dímelo pronto, prontito!
Y enseguida me contesta:
Pues quedan doscientos cinco.
Y qué orgulloso se pone
cuando lo dice bien dicho
y le digo: ¡Choca ahí!
Yo me creo que va a ser listo.
Para llevarlo a la feria
hace falta ser muy rico.
-¡Yo quiero comprar helado!
¡Súbeme en los caballitos!
¡Y en aquella voladora!
¡Y en aquellos coches chicos!
Yo quiero turrón y pipas
¡Cómprame corriendo un pito!
Menos mal que algunas veces
se lo lleva su abuelito
y con él pasa la Feria
mucho mas entretenido.
Pensando en su porvenir,
solamente a Dios le pido,
que me dé suerte y salud

para hacerlo un hombrecito.
Y que sea un hombre honrado
cuando deje de ser niño,
y que a su padre y su madre
nunca le pierda el cariño.

Mayo de l948.

¡¡ QUE ESTÁ DURMIENDO, MI CONCHI...!!

A mi hija Conchita, tierna florecilla, a los cuatro
meses de edad.

Ya está la niña dormida.
Silencio, por Dios, silencio,
que no se sienta un ruido.
Que no la roce ni el viento.
Cierra pronto esa ventana,
porque el sol está en acecho
para meterse en su cuna
y embriagarse con su cuerpo.
Que no se pose en su cara,
cara de clavel moreno,
porque sus hilos de oro
quizás quieran darle un beso.
Que los pájaros no canten
ni para arrullar su sueño.
Que no toquen las campanas.
Que se paralice el Pueblo

porque cuando está dormida
con el semblante risueño,
sueña que estará jugando
en los jardines del cielo.
Silencio he dicho, por Dios,
que será un pecado inmenso
despertar a un angelito
si sueña estando durmiendo.

Mayo de 1948.

ECHA VINO, TABERNERO

Inspirada en el tango-canción
"Tabernero"

Dame vino, buen amigo.
Dame vino, tabernero.
Del que tengas con más fuerza,
del que tenga más veneno.
Quizás que no tengas vino
que pueda tener el fuego
como el que me está abrasando
aquí metido en el pecho.
Pero llena bien mi vaso.
Que esté muy lleno, bien lleno.
Que se salga por los bordes,
que se derrame en el suelo.
Y no temas por el pago
porque yo tengo dinero.
No te creas que estoy borracho.
¿ No ves como estoy sereno?
Échame vino, más vino,
hasta que me sienta ebrio.
Si ahora me embriago de vino...
antes me embriagué con besos
que me hacían mucho más daño
que el vino que estoy bebiendo.
Los besos de aquellos labios
que eran dos venas ardiendo,
que quemaban mis entrañas

mucho más que tu veneno.
Los besos que fueron míos...
y que después se vendieron.
Pero sigue echando vino.
Yo de aquello...no me acuerdo
¿No ves como ya no sufro?
¿No ves como estoy contento?
Tú te crees que estoy llorando...
pero mira, estoy riendo...
(Por más que a ti... qué te importa
lo que pueda estar sufriendo).
Sigue llenando mi copa
porque en tanto que yo bebo
le doy descanso a mi alma
aunque se me pudra el cuerpo.
Cuando me veas borracho
solo una cosa te ruego:
No me tires a la calle
igual que se tira a un perro.
¿Tú te crees que soy yo solo
el que busca aquí el consuelo?
Ya vendrán muchos a verte
Ya vendrán más compañeros
que de besos se embriagan
para venirse aquí luego.
Tú prepara mucho vino...
y espéralos, tabernero.

Junio 1948

Belleza de alma

A mi padre político con
un cariñoso recuerdo.

La tarde de aquel domingo
sola y triste en su ventana,
como flor que se marchita,
como rosa deshojada,
con la mirada perdida
en ilusiones lejanas,
estaba la pobre niña,
la que la fea la llamaban,
mientras enorme bullicio
de gente desocupada
pasa y cruza indiferente
por aquella enorme plaza.
Solamente algunas veces
se le alegra su mirada
cuando risas infantiles,
cual cascabeles de plata
que en fina lluvia cayeran,
entre el clamor se destacan.
Nadie se fijaba en ella.
nadie dice una palabra
a la tierna mujercita
que de tristeza se ahogaba.
No hay galán que la requiebre
ni amiga que en su desgracia
pueda decirle en secreto
su ilusión y su esperanza.
Sola siempre en su tristeza
como cosa despreciada

en medio de la alegría
de aquella colmena humana.
En cambio, entre risas locas,
entre piropos y chanzas,
como reinas elegidas
se paseaban las guapas.
¿Las guapas...? Puede que si.
Así sin duda las llaman.
Son de belleza fingida
aumentada por las galas.
Son muñequitas de lujo
con caras de porcelana,
que estudiaron su sonrisa
y con arte retocadas.
¡La belleza pasajera
que al final se queda en nada!
La verdadera belleza
no se refleja en la cara.
Esa está mucho mas honda.
Está muy dentro del alma
y solamente se asoma,
como novia recatada.
por el claro de los ojos
para endulzar la mirada.
Ni los años la marchitan
y con el tiempo más gana.
Esa sí que es la belleza.
Como la tuya, muchacha,
que interiormente se funde
con tu almita delicada.
Esas que tú estás mirando.
esas que se llaman guapas.
si las viéramos por dentro...

¡qué pena daría mirarlas!
Pero tú no te entristezcas
y tu cabeza levanta.
Tú también tienes amores
más puros que la alborada.
Te dan sus besos los vientos
en tu carne inmaculada.
Aliento te dan las flores
y te acarician las aguas.
Para que nada te falte,
las más lindas serenatas
que escucharon las hermosas,
te dará de madrugada
ese alegre jilguerillo,
que colgado en tu ventana,
lanza al espacio sus trinos
desde su jaula dorada.
La luna también te pone,
para verte engalanada,
sobre tus pálidas sienes
una diadema de plata.
Y para velar tu sueño
tienes Ángel de la Guarda,
que si te besa en la frente
seguirás purificada.
¿Para qué quieres galanes
que te engañen con sus charlas?
¿Para qué quieres amigas
de esas que guapas se llaman
si en su orgullo de ser bellas
tal vez que te despreciaran?
Destierra ya tu tristeza,
que tu fealdad no es desgracia.

La belleza que tú tienes
allí metida en tu alma,
es mas pura, mas divina,
y mucho mas delicada.
Un Poeta te lo dice,
y un Poeta nunca engaña.

Junio 1948.

Jesús ante la cárcel

Mañana de Viernes Santo.
Cruces, espinas, promesas.
Redoblar de los tambores.
Chisporroteos de cera.
Rojos claveles de sangre,
heraldo de primavera,
y mantillas enlutadas
cobijando la peineta.
Nazarenos por doquier.
La cárcel, lugar de penas,
y un grupo de presidiarios
que están cumpliendo condena
esperando al Nazareno
tras las cruces de una reja.
Ya se oyen más cercanos
los tambores y trompetas.
Ya se siente el tintineo,
pespunteo de falseta,
de lucientes candelabros.
Es Jesús, que ya se acerca.
Jesús, el morado lirio
cubierto de sangre seca.
El que pasa perdonando
a los que con más fiereza
le agobiaron con el peso
de aquella cruz de madera.
Al llegar junto al presidio,
Jesús se para en la puerta.
Ellos también son hermanos.

También ellos son ovejas
que su padre le confía.
Los presos al verle tiemblan.
Ante el cordero inocente
se van postrando en la tierra
sin atreverse a mirarlo,
sin levantar la cabeza.
Jesús, que todo lo olvida,
levanta su mano diestra
y ante la emoción que embarga
a los que dentro se encuentran,
les manda su bendición.
En tanto, tras de la reja,
cual espina que clavada
laceraba una conciencia,
como implorando el perdón
va saliendo la saeta.
- Jesús que vas cargaíto
con ese madero a cuestas,
por lo que vas padeciendo
líbranos de esta condena-
Se queda el aire en suspenso
mientras la saeta suena
y en tanto que en los espacios
su último eco rueda,
Jesús sigue su camino.
Rasga el aire la corneta,
y las almas consoladas
por la bendición aquella,
van desfilando en silencio
y con la esperanza puesta
en aquél Mártir que sufre
y que por amor se entrega

en las manos del verdugo
que le escupe y atormenta.

Julio 1948.

A SUS ÓRDENES, SARGENTO

Rafael Quirós Chinorro.
- Aquí me tiene presente.
- Pues da tres pasos al frente
y vete quitando el gorro.
Dime seguido y certero
las piezas del mosquetón.
- Es un arma de un cañón
que tiene partes de acero.
Tiene su punto de mira
su guardamento y cerrojo
y el cañón se pone al rojo
cuando mil disparos tira.
Tiene caja de madera
que es de todo el mundo asombro,
pero que fastidia el hombro
con su dura cantonera.
Tiene muelle elevador
para elevar los cartuchos,
y lo que no saben muchos
es que tiene percutor.
- Pero bueno, dime a mí:
¿Para qué sirve este arma?
- Tenga el sargento más calma

que ya se lo voy a decir:
Si estamos en plan de guerra,
sirve para el enemigo,
pero estando en paz, mi amigo
es mejor dejarlo en tierra.
El peso del mosquetón
yo jamás lo tuve en cuenta,
pero más del doble aumenta
cuando estamos de instrucción.
Y si nos toca por suerte
llevar arma suspendida,
si al que manda se le olvida
nos dan sudores de muerte.
- ¿Y si te pido el fusil
cuando estés de centinela?
-Mi sargento, por su abuela,
no siga usted por ahí.
Ni a usted ni a mi general
le entrego yo el armamento
¡Camará con el sargento!
qué manera de apretar!
-Me parece a mí que tú
andas mal de calentura...
por más que por tu figura
debes de ser andaluz.
- Sí señor, y de Lucena,
la tierra de los velones.
-Para criar los melones
debe ser tu tierra buena.
- Mi tierra, señor sargento,
aunque usted piense otra cosa,
no la verá tan hermosa
debajo del firmamento.
Es tierra de la alegría,

de la luz y del color,
es la tierra del amor,
esta de mi Andalucía.
En mi tierra la mujer
se confunde con la rosa,
buena madre, buena esposa
y constante en el querer.
Allí un balcón cualquiera.
más bien parece un jardín.
y el perfume del jazmín
se respira por doquiera.
Tenemos el limonero
que se llena de azahares,
y tenemos olivares,
envidia del mundo entero.
Allí llora la guitarra
acompañando al dolor,
cuando en las lides de amor
algún alma se desgarra.
El fandango allí en Lucena
que cantan los "cantaores"
lo mismo que habla de amores
habla de dolor y pena.
En las noches silenciosas
se ve tras de una ventana
unos ojos de gitana
entre geranios y rosas.
Ojos que sirven de broche
a una piel alabastrina,
ojos que en la lucentina
Tienen color de la noche.
Esa es mi Andalucía.
La del arte y de las flores.
La de la luz y colores,

la de amor y valentía.
-Pero... ¿qué estás tú diciendo?
Tu tierra es un mamarracho.
Tú sin duda estás borracho
y con descaro mintiendo.
- Pues a fe que soy Chinorro
usted se pasa de listo,
pero mi tierra no ha visto
ni siquiera por el forro.
- Por llevarme la contraria
y tratarme de embustero,
ocho días de cuartelero
y cuatro de imaginaria.
Después irás de cocina
para limpiar las calderas,
asearás mi oficina
y la sala de banderas.
y si no vas de instrucción,
en terminando el aseo,
en vez de ir de paseo
irás a la prevención.
y como ya irás contento
ya te puedes retirar.
- Aquí mejor es no hablar.
¡A sus órdenes, sargento!

Agosto 1948.

En los finales de los años 40 del siglo XX, muchos lucentinos hicieron el servicio militar en Cataluña, entre ellos "Antoñuelo" y "Juanele", amigos muy queridos del poeta. En esta poesía humorística quiso plasmar las pequeñas dificultades que el cambio de región les producía.

NO PUEDO VERLA LLORAR

Cabalgando va el gitano
sobre su potro careto
cobijado entre las sombras,
porque la noche, en silencio,
va extendiendo sobre el mundo
su manto de crespón negro.
!Qué orgulloso va el gitano
escuchando el manoteo
de aquel potro jerezano
buena estampa y todo nervio!
¡Qué bien resuenan los cascos
al chocar sobre el sendero!
Al oído del gitano,
por arte de embrujamiento,
resuenan como palillos;
igual que si finos dedos
obsequiaran a la noche
con el ritmo de un bolero.
Al ritmo de aquellos cascos
que van repartiendo besos
entre piedrecitas blancas
que se empinan sobre el suelo,
aquel gitano bravío,
el de perfil aguileño,
el de pelo ensortijado
y piel de color moreno,
también canta muy bajito
Para no turbar el sueño
de aquella sierra dormida
entre vapores de incienso.
Así sigue caminando

aquel gitano cenceño.
Canturreando su boca.
Volando su pensamiento.
Mucha alegría en el alma
y un nerviosismo en el cuerpo,
porque ya le falta poco
para sentir el gorjeo
de aquella alondra campera,
que porque lo quiso el cielo,
lleva sangre de su sangre
y es de su carne un injerto.
Ya van las claras del día
con sus agujas rompiendo
aquel velo de crespones
que las estrellas tejieron.
El cielo de azul y rosa
se va con calma vistiendo
mientras por el horizonte,
como un rosetón de fuego,
el sol, guiñando los ojos,
se va elevando altanero.
Al volver por un recodo
del camino polvoriento
al fin encuentra el gitano
el ansiado campamento.
Y entre aquellos carromatos
que estaban formando cerco
a la tribu que él mandaba
como el hada de algún cuento,
se destacó una gitana
con semblante soñoliento.
Ojos como el azabache,
Del mismo color su pelo,

cintura de junco fino,
piel como flor del almendro,
y labios coral y fresa
digno broche del joyero
donde se ocultan las perlas
de nacarinos reflejos.
Cuando la ve aquel gitano
sujeta del potro el freno.
Desmonta rápidamente.
Sale corriendo a su encuentro.
y al recibirla en sus brazos
ella se agarra a su cuello
y del cuello suspendida
le da millares de besos.
Cuando al fin pudo el gitano
librarse, ya sin aliento,
de los besos que en su cara
iban saltando traviesos,
miró a la niña a los ojos
y pudo notar en ellos
que de lágrimas ardientes
aún le quedaban los restos.
¿Pero qué estás tú, llorando?
¿Tú llorando, mi lucero?
¿Llorando la florecilla
más bonita de mi huerto?
¿Y no se esfarata el mundo?
¿No se junde el firmamento?
¿No se detienen los ríos
ni se esconde el sol de miedo?
Cuéntame lo que te pasa.
Dime a mí lo que te han jecho.
que aquel que tenga la culpa

ya se puede dar por muerto.
¿Lloras porque no cantaron
para ti tós los jilgueros?
¿Es que te encontraste turbia
el agua de ese arroyuelo
y no pudiste mirarte
por no tener otro espejo?
¿Se han secao las margaritas
con que adornabas tu pelo?
¿Te ha quitao algún malange
aquel alfiler de pecho
que yo te compré aquel día
cuando la feria del pueblo?
¿No me dices ná? ¿Te callas?
Mira que me estoy goliendo
que tú lloras por el payo,
ese niño postinero
que malos mengues lo traguen
y cuando se vea jambriento
Le den plomo derretío
pa que se achicharre el cuerpo...
Y si es lo que me figuro...
quítalo del pensamiento,
porque yo no te he criao
con el más alto abolengo,
pa que venga un señorito...
un payo pa ser más cierto,
y quiera con mala entraña
ser de tu figura el dueño.
Hazme caso a mí, chiquilla.
Mira que voy siendo viejo
y yo sé que muchos hombres
al querer le ponen precio.

¿Pero sigues tú llorando?
¿Tan grande es tu desconsuelo?
¡Ea. pues seca tus ojos
que ya se acabó el jaleo!
Si tu quieres al mocito
antes de que rece un credo
yo te pongo aquí a tus plantas
ese niño pinturero.
Si viene de voluntad,
aquí te lo traigo entero,
pero si se me resiste...
ya puedes buscar un cesto
para que guardes los cachos
que le queden de su cuerpo.

Septiembre 1948.

PARODIA DEL "DOS DE MAYO"

Oigo Trini tu aflicción
escuchando el desconcierto
que te está largando un tuerto
tocando el acordeón.
Sobre tu viejo mantón
miro flotantes jirones
y por aquellas regiones
veo mujeres solitarias
que van rezando plegarias
porque aumenten las raciones.

Lloras porque te dejaron
los que su amor te ofrecieron.

A ti, de quién se rieron
porque tan fea te notaron.
A ti, por quién se fregaron
los platos que hay en la Zona.
A ti, soberbia fregona
que siempre amarrada al yugo
fueron sacándote el jugo
hasta dejarte pelona.

Allá va la suegra mía
que un trimotor se la lleva
y poco a poco la eleva
sin parar en todo el día,
y ya a una altura bravía
tratan de que baje sola,
ella se agarra a la cola
y de tal modo se aferra
que tiene que tomar tierra
y amarrarla a una farola.

Tembló un hombre en tus regiones.
Tan grande su miedo era,
que emprendió veloz carrera
hasta gastar sus talones.
y cuentan que dos guasones
que venían de Vitoria,
lo vieron que en una noria
escondiéndose del mundo
se limpiaba el buen Facundo
lo que ya dirá la historia.

Fue tan grande tu fealdad.
lo mismo que tu ignorancia,

que hasta muy cerca de Francia
se oyó tu celebridad.
Por ser coja y desgarbá
te cogieron dos caseros
(falta un verso en la copia encontrada)
para guardar sus caballos
y te salieron dos callos
lo mismo que dos pucheros.

Y aunque en la tierra hubo un hombre
que quiso arreglarte el manto.
yo no quiero que en mi canto
salga a relucir su nombre.
Para que nadie se asombre
no quiero contar su historia
y además, que mi memoria
perdí por culpa de un toro
que me dio un meneo sonoro
en un corralón de Soria.

Aquél genio de ambición
que en su apetito profundo
comiéndose vino al mundo
pan y medio y cuarterón
así que vio le ración
que le daban pa vivir,
dicen que se echó a reír
diciendo ¡no puede ser!
y corriendo a más correr
se tiró al Guadalquivir.

¡Guerra! gritó al almorzar
mirándose la barriga.

¡Guerra! le gritó su amiga,
cuyo nombre era Pilar.
¡Guerra! gritó al despertar
uno que dormía en la sierra,
cuando debajo de tierra
ciertos rumores se oyeron
dicen que todos corrieron
saltando de piedra en piedra.

La madre, que es un primor,
con gracia salta del lecho
pero está tan bajo el techo
que se da un porrazo atroz.
Como le aprieta el dolor
otra vez se va a acostar,
pero al llegar la "criá"
diciendo: El amo viene
hasta el suelo tiró al nene
del salto que llegó a dar.

Y suenan dulces canciones
que hablan de amor y quereres
en tanto que otras mujeres
se desmayan de emociones.
Al pie de ciertos balcones
una voz de amor retumba
y una maceta que zumba
con velocidad que aterra
deja a un cantante en la tierra
dispuesto para la tumba.

***

Señores que con lealtad
escucharon mi murmullo
y de cada cual lo suyo
en esta función teatral.
Ya bien pueden descansar
que yo me marcho el primero,
ni yo pido más dinero,
y aunque les baile la rumba
no penséis que estoy tarumba
Un aplauso es lo que quiero.

A. Roldán.

Septiembre 1948

Poesía original de Bernardo López

Oigo, patria, tu aflicción,
y escucho el triste concierto
que forman tocando a muerto,
la campana y el cañón;
sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones,
y oigo alzarse a otras regiones
en estrofas funerarias,
de la iglesia las plegarias,
y del arte las canciones.

Lloras, porque te insultaron

los que su amor te ofrecieron...
¡a ti, a quien siempre temieron
porque tu gloria admiraron:
a ti, por quien se inclinaron
los mundos de zona a zona;
a ti, soberbia matrona
que libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona...!

Do quiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el África , que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

Tembló el orbe a tus legiones,
y de la espantosa esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la historia.

Siempre en lucha desigual

cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros;
porque indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallo,
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

Y aun hubo en la tierra un hombre,
que osó profanar tu manto...
¡Espacio falta a mi canto
para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre
con ansia abriré la historia;
presta luz a mi memoria,
y el mundo y la patria a coro,
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que en su delirio profundo
captando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansiando a España regir;
y no llegó a percibir,
ebrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser,
pueblo que sabe morir.

¡Guerra! clamó ante el altar

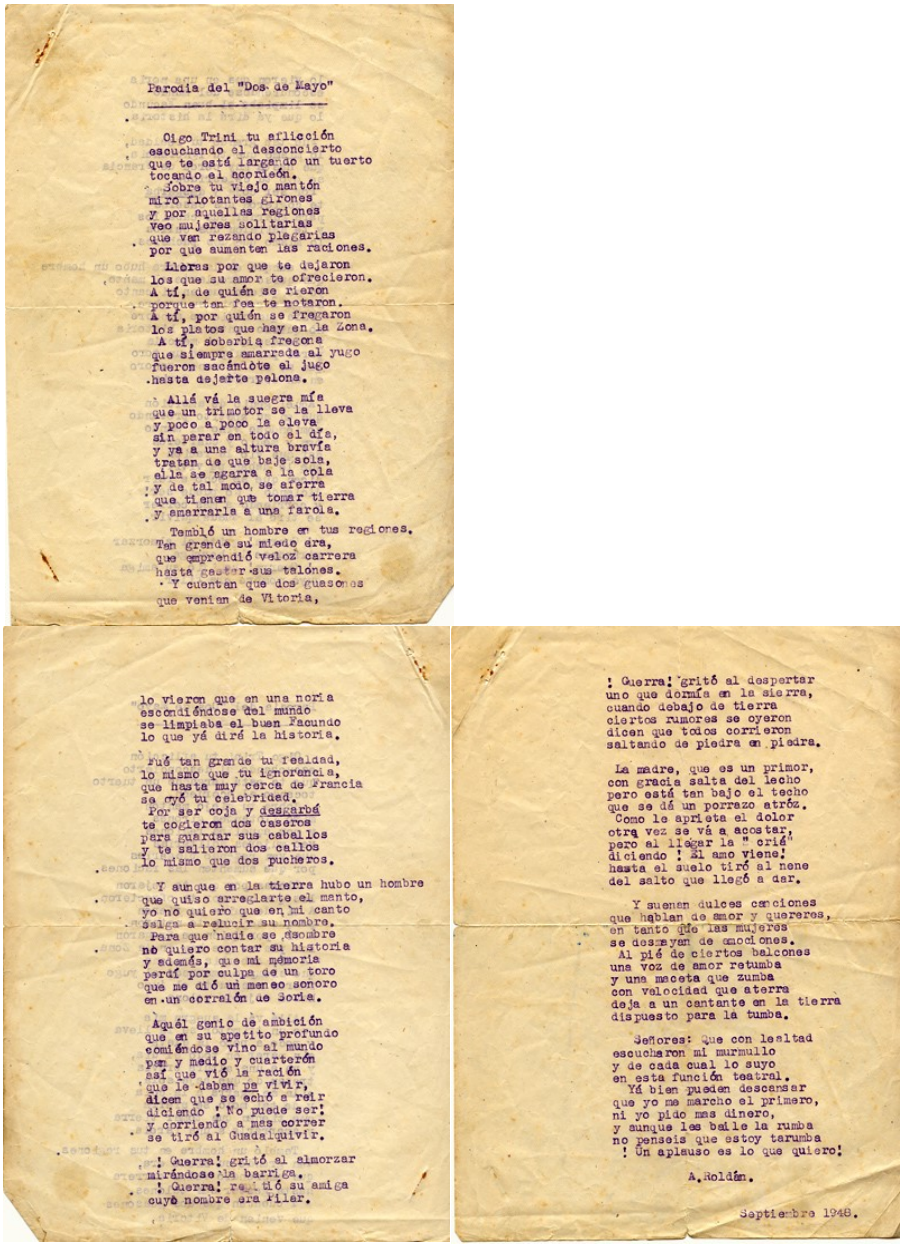
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la lira
con indómito cantar:
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
pasos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron
gritando: ¡Venganza y guerra!...

La virgen con patrio ardor
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en su pecho
odio a muerte al invasor;
la madre mata su amor,
y cuando calmado está
grita al hijo que se va:
"¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate, y muere:
tu madre te vengará!..."

Y suenan patrias canciones
cantando santos deberes;
y van roncas las mujeres
empujando los cañones;
al pie de libres pendones
el grito de patria zumba
y el rudo cañón retumba,
y el vil invasor se aterra,
y al suelo le falta tierra
para cubrir tanta tumba!...

***

Mártires de la lealtad
que del honor al arrullo
fuisteis de la patria orgullo
y honra de la humanidad...
en la tumba descansad,
que el valiente pueblo ibero
jura con rostro altanero
que hasta que España sucumba,
no pisará vuestra tumba
la planta del extranjero.



Parodia del "Dos de Mayo"

Oigo Trini tu aflicción
escuchando el desconcierto
que te está largando un tuerto
tocando el acordeón.
Sobre tu viejo mantón
miro flotantes girones
y por aquellas regiones
veo mujeres solitarias
que van rezando plegarias
por que aumenten las raciones.

Lloras por que te dejaron
los que su amor te ofrecieron.
A tí, de quién se rieron
porque tan fea te notaron.
A tí, por quién se fregaron
los platos que hay en la Zona.
A tí, soberbia fregona
que siempre amarrada al yugo
fueron sacándote al jugo
hasta dejarte pelona.

Allá vá la suegra mía
que un trimotor se la lleva
y poco a poco la eleva
sin parar en todo el día,
y ya a una altura bravía
tratan de que baje sola,
ella se agarra a la cola
y de tal modo se aferra
que tienen que tomar tierra
y amarrarla a una farola.

Tembló un hombre en tus regiones.
Tan grande su miedo era,
que emprendió veloz carrera
hasta gastar sus talones.
Y cuentan que dos guasones
que venían de Vitoria,

lo vieron que en una noria
escondiéndose del mundo
se limpiaba el buen Facundo
lo que yá diré la historia.

Fué tan grande tu realidad,
lo mismo que tu ignorancia,
que hasta muy cerca de Francia
se oyó tu celebridad.
Por ser coja y desgarbá
te cogieron dos caseros
para guardar sus caballos
y te salieron dos callos
lo mismo que dos pucheros.

Y aunque en la tierra hubo un hombre
que quiso arreglarte el manto,
yo no quiero que en mi canto
salga a relucir su nombre.
Para que nadie se asombre
no quiero contar su historia
y además, que mi memoria
perdí por culpa de un toro
que me dió un meneo sonoro
en un corralón de Soria.

Aquél genio de ambición
que en su apetito profundo
comiéndose vino al mundo
pan y medio y cuarterón
así que vió la ración
que le daban pa vivir,
dicen que se echó a reir
diciendo ¡ No puede ser!
y corriendo a mas correr
se tiró al Guadalquivir.

¡ Guerra! gritó al almorzar
mirándose la barriga.
¡ Guerra! repitió su amiga
cuyo nombre era Filer.

¡ Guerra! gritó al despertar
uno que dormía en la sierra,
cuando debajo de tierra
ciertos rumores se oyeron
dicen que todos corrieron
saltando de piedra en piedra.

La madre, que es un primor,
con gracia salta del lecho
pero está tan bajo el techo
que se dá un porrazo atróz.
Como le aprieta el dolor
otra vez se vá a acostar,
pero al llegar la " crií"
diciendo ¡ Al amo viene!
hasta el suelo tiró al nene
del salto que llegó a dar.

Y suenan dulces canciones
que hablan de amor y quereres,
en tanto que las mujeres
se desmayan de emociones.
Al pié de ciertos balcones
una voz de amor retumba
y una maceta que zumba
con velocidad que aterra
deja a un cantante en la tierra
dispuesto para la tumba.

Señores: Que con lealtad
escucharon mi murmullo
y de cada cual lo suyo
en esta función teatral.
Yá bien pueden descansar
que yo me marcho el primero,
ni yo pido mas dinero,
y aunque les baile la rumba
no penseis que estoy tarumba
¡ Un aplauso es lo que quiero!

A.Roldán.

Septiembre 1948.

La familia de Antonio Roldán dudó si incluir esta parodia en la presente antología, dado su carácter de entretenimiento sin pretensiones. Consultada su esposa, se decidió incluirla para destacar el buen humor del poeta, que fue siempre una característica constante de su personalidad. Esta preparada para ser recitada, y así lo hizo

un amigo suyo varias veces con carácter privado, y quizás también se recitó en algún festival benéfico en el Teatro Principal.

DOS ANDALUCES EN TIERRA CATALANA

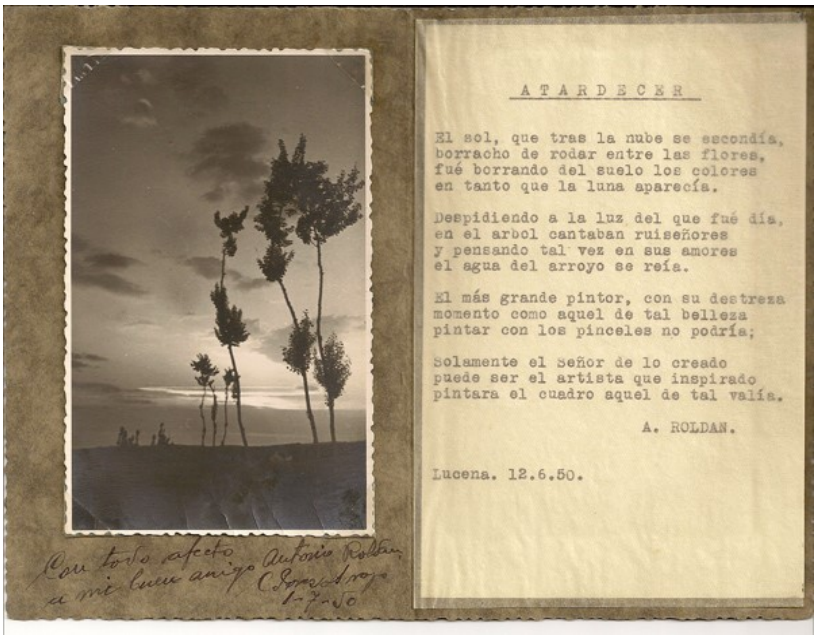
¿ Por qué suspiras, Maíllo?
-Por nada, amigo Navarro.
Por nuestra tierra querida.
Por mi pueblo noble y sano
que al pie de la Sierra aquella.
se extiende sobre aquel llano.
Por la fuente de mi río,
ese río soberano
de las aguas cristalinas
que nace bajo un peñasco.
Por la famosa ribera,
que ese río va regando
y refresca sus orillas
de la sed que da el verano.
¡Cuanto vale nuestra tierra,
También yo voy recordando ...
la grandeza de mi pueblo
tan laborioso y honrado.

El de los verdes olivos.
El de los extensos prados.
El de candentes crisoles
que funden metal dorado,
alma de aquellos velones
que tanta fama alcanzaron.
-¡Ay mis huertas solitarias

bienestar del hortelano
con sus álamos frondosos
y perfumes de manzano:
-¡Ay mi cruz de la Barrera
con su fuente de tres caños
donde jugué, siendo niño,
aquellos primeros años!
-¡Ay de aquella Plaza Vieja
donde yo estuve jugando!
-¡Cómo recuerdo, mi amigo,
ahora que estoy alejado,
aquel también río mío
que al pueblo va bordeando!
-¿ Y mi calle San Martín
junto a la Plaza de Abastos?
-¿ Y mi gran calle del Peso
la de San Pedro Y San Marcos?
¡Qué dos pueblos, buen amigo!
¡y que estemos tan lejanos...!
Estando de allí tan tejos
y sintiéndome aquí extraño
es cuando yo más recuerdo
esa tierra que soñamos.
Pero...dejemos tristezas.
Anda, te convido a un chato,
que aunque el vino que bebemos
no parezca montillano
ni se parezca al Mori1es
que es de los vinos el amo,
sirve para que brindemos
por esos pueblos que amamos.
-¡ Pues va por Cabra, mi amigo!
¡ Va por Lucena, Navarro!

y que sirva nuestro brindis,
al besarse nuestros vasos ,
como la unión de dos pueblos
que se están dando un abrazo.

Septiembre 1948.



ATARDECER

El sol, que tras la nube se escondía
borracho de rodar entre las flores,
fue borrando del suelo los colores
En tanto que la luna aparecía.

El árbol, que a los vientos se mecía
cubriendo aquel nidal de ruiseñores,
cantábale a la luna sus amores
en tanto que la luna se reía.

Un cuadro como aquél de tal belleza,
ní el más grande pintor con su destreza
pintar con sus pinceles no podría.

Solamente el Señor de lo creado
puede ser, que sintiéndose inspirado,
pintara el cuadro aquel de tal valía.

Cristóbal Pérez Arroyo, gran amigo del poeta, ilustró su poema "Atardecer" con una foto suya

LUCENA 15 DE SEPTIEMBRE 1950.

Mi buen amigo Juanele:
En mi poder fue tu carta
escrita en letra de molde
y a pesar de no ser larga,
me figuro tus fatigas
para escribirla tan clara.

Aquí todos siguen buenos
con mucha salud y gana

de comerse sus raciones
de garbanzos y espinacas.

Me alegro que sigas bueno
y aunque tus sustos pasaras
con aquello del corneta
que tanto te despistara,
me alegra saber que al fin
solo en el susto quedara.

No te mando como quieres
de la feria algún programa,
porque en este Ayuntamiento
está la cosa tan mala,
que si junta una peseta
es para gastarla en agua
y no gastarla en papeles
que al fin no sirven de nada.

Y ahora que del agua hablo
te diré lo que aquí pasa,
aunque lo que está ocurriendo
no se dice en dos palabras.

Pues sabrás, amigo Juan.
que la cosa tan mal anda
que si quiere uno lavarse,
como todas las mañanas
ya tenemos por costumbre,
tienes que pagar el agua
mucho más cara que el Vino
de Jerez ó de la Palma.

Así es que los vecinos.
antes de pagarla cara,
van luciendo tan gustosos
por la calle sus lagañas
y se Ven las chavalonas,
de las que medias no gastan
que no sabes si sus piernas
son de chocolate en pasta
o si serán dos morcillas
hechas con sangre de vaca.

El agua que no tenemos
más remedio que tragarla,
Antes que llegue al gaznate
es muy preciso colarla.
pues si no te sirve el buche
igual que a Noé su arca,
que encerró, según nos cuentan,
bichos de todas las castas.

De la Feria te diré
que estuvo desanimada
en los dos primeros días
pero al tercero ya cambia,
pues llegó forasterío,
quizás por la novillada,
y ya se animó la cosa
como dicen que Dios manda.

Han actuado dos circos
y varias norias muy altas.
También llegó un carrousel,
varios columpios de barcas,

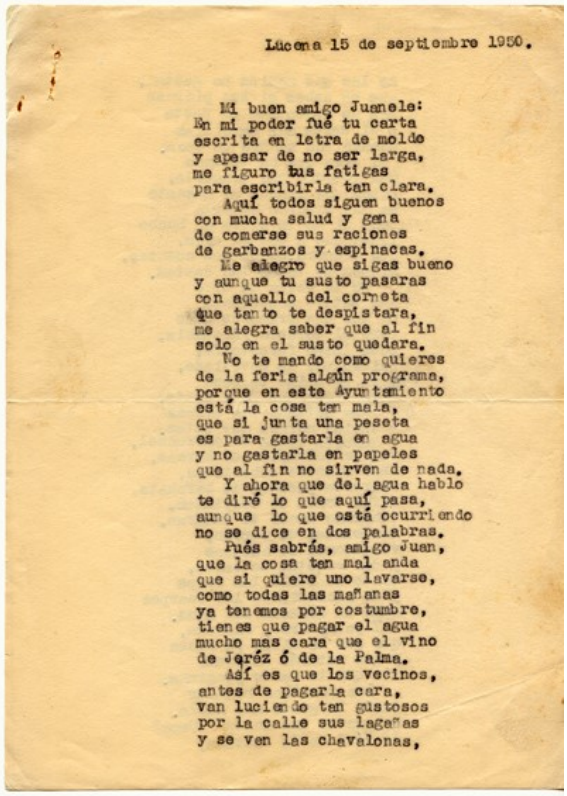
unos cuantos caballitos,
cuarenta puestos de horchata,
rifas donde te despluman,
tabernas donde te sangran,
tenderetes de serrín.
vendedores de navajas
y dos casetas de baile,
donde se bailó la raspa
y se incendiaron los cuerpos
ante la escasez del agua.

Y yo me creo, Juanele,
que con lo dicho ya basta
y que estarás enterado
sin que te mande programa.
Los novillos regular
según la gente nos habla.
Solamente fue un tal "Saco "
de Córdoba la Sultana,
el que tuvo mas vergüenza
y fue el que dio más la cara
"El Chivo" que aquí en Lucena,
dicen que guarda las cabras,
como buen lucentinito.
toreó la becerrada.
Y dicen que fue un valiente
y que luego con la espada
al toro que le tocó
le arrimó tal estocada,
que se murió sin puntilla
y sin mover rabo y pata.

Aquí pongo ya el final

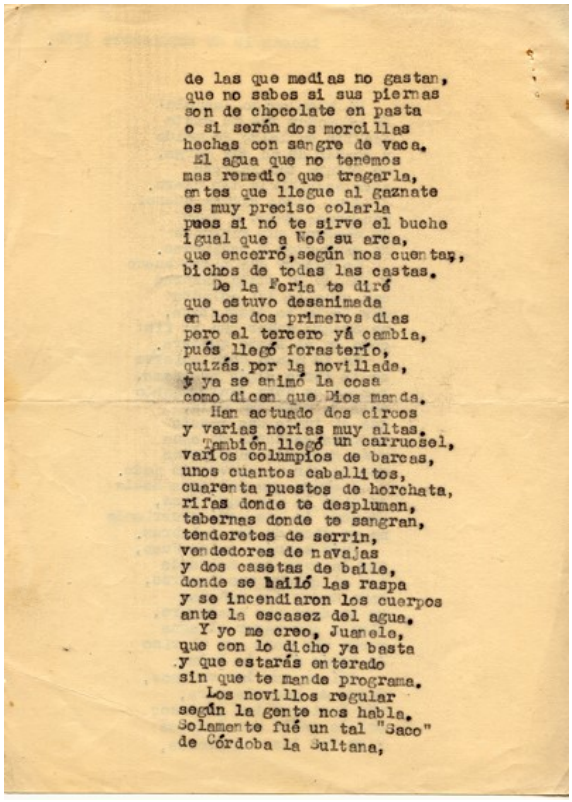
porque en verso escribir cartas
fatiga mucho el cerebro
y el cerebro me hace falta
para cosas importantes
como es buscar las leandras.

Recuerdos de mi familia,
de Perico y de la Encarna,
de Antoñuelo y su bandurria
y de tu madre y tu hermana.
y un buen apretón de manos,
si es que tú las tienes blancas,
te manda tu buen amigo
que aquí termina su carta.

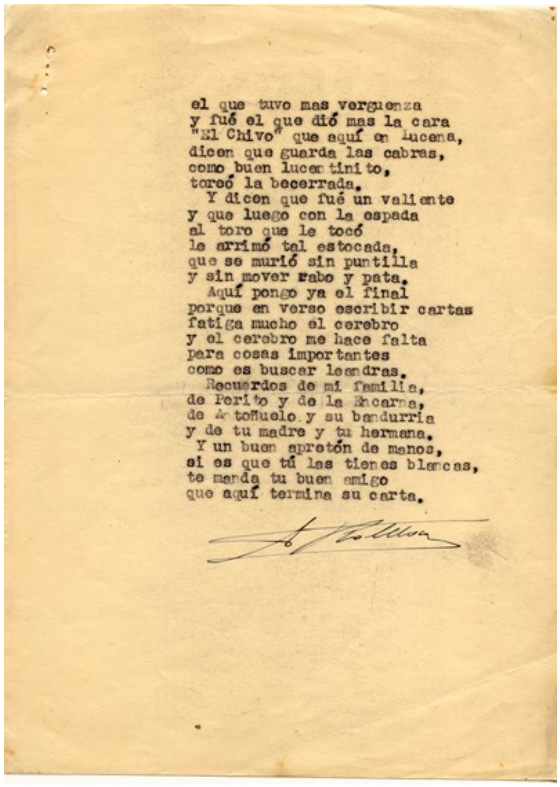


Lucena 15 de septiembre 1950.

Mi buen amigo Juanele:
En mi poder fué tu carta
escrita en letra de molde
y apesar de no ser larga,
me figuro tus fatigas
para escribirla tan clara.
Aquí todos siguen buenos
con mucha salud y gana
de comerse sus raciones
de garbanzos y espinacas.
Me alegro que sigas bueno
y aunque tu susto pasaras
con aquello del corneta
que tanto te despistara,
me alegra saber que al fin
solo en el susto quedara.
No te mando como quieres
de la feria algún programa,
porque en este Ayuntamiento
está la cosa tan mala,
que si junta una peseta
es para gastarla en agua
y no gastarla en papeles
que al fin no sirven de nada.
Y ahora que del agua hablo
te diré lo que aquí pasa,
aunque lo que está ocurriendo
no se dice en dos palabras.
Pués sabrás, amigo Juan,
que la cosa tan mal anda
que si quiere uno lavarse,
como todas las mañanas
ya tenemos por costumbre,
tienes que pagar el agua
mucho mas cara que el vino
de Jeréz ó de la Palma.
Así es que los vecinos,
antes de pagarla cara,
van luciendo tan gustosos
por la calle sus lagañas
y se ven las chavalonas,



de las que medias no gastan,
que no sabes si sus piernas
son de chocolate en pasta
o si serán dos morcillas
hechas con sangre de vaca.
El agua que no tenemos
mas remedio que tragarla,
antes que llegue al gaznate
es muy preciso colarla
pues si nó te sirve el buche
igual que a Noé su arca,
que encerró, según nos cuentan,
bichos de todas las castas.
De la Feria te diré
que estuvo desanimada
en los dos primeros dias
pero al tercero yá cambia,
pués llegó forasterío,
quizás por la novillada,
y ya se animó la cosa
como dicen que Dios manda.
Han actuado dos circos
y varias norias muy altas.
También llegó un carrusel,
varios columpios de barcas,
unos cuantos caballitos,
cuarenta puestos de horchata,
rifas donde te despluman,
tabernas donde te sangran,
tenderetes de serrin,
vendedores de navajas
y dos casetas de baile,
donde se bailó las raspa
y se incendiaron los cuerpos
ante la escasez del agua.
Y yo me creo, Juanele,
que con lo dicho ya basta
y que estarás enterado
sin que te mande programa.
Los novillos regular
según la gente nos habla.
Solamente fué un tal "Saco"
de Córdoba la Sultana,



el que tuvo mas verguenza
y fué el que dió mas la cara
"El Chivo" que aquí en Lucena,
dicen que guarda las cabras,
como buen lucentinito,
toreó la becerrada.
Y dicen que fué un valiente
y que luego con la espada
al toro que le tocó
le arrimó tal estocada,
que se murió sin puntilla
y sin mover rabo y pata.
Aquí pongo ya el final
porque en verso escribir cartas
fatiga mucho el cerebro
y el cerebro me hace falta
para cosas importantes
como es buscar leandras.
Recuerdos de mi familia,
de Perito y de la Encarna,
de Antoñuelo y su bandurria
y de tu madre y tu hermana.
Y un buen apretón de manos,
si es que tú las tienes blancas,
te manda tu buen amigo
que aquí termina su carta.

Carta humorística enviada a su buen amigo Juan López "Juanele", que en esas fechas se había incorporado al servicio militar. Es un excelente testimonio de la escasez de agua antes de la traída desde

el Nacimiento de Zambra, y del ambiente de la Feria del Valle en aquellos años. Las personas citadas en los últimos versos son reales, amistades de ambos en el cortijo de La Cañada de los Pinos.